

Emilio Grandío Seoane
y Carlos Píriz (eds.)

La España espiada

*Redes de inteligencia
durante la Segunda Guerra Mundial*

CÁTEDRA

HISTORIA/SERIE MENOR

1.ª edición: septiembre de 2025

Diseño de cubierta: Germán Úcar



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Los autores, 2025
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 11.925-2025
I.S.B.N.: 978-84-376-4924-5
Printed in Spain

Introducción

EMILIO GRANDÍO SEOANE
y CARLOS PÍRIZ

En la mañana del último día de abril de 1943 un cuerpo sin vida flotaba frente a las playas de Huelva. Estaba boca abajo, llevaba un chaleco salvavidas, uniforme militar y una cartera encadenada al cinturón. Unos jóvenes pescadores lo arrastraron con su bote hasta la orilla. Los agentes de la Guardia Civil se hicieron cargo del cadáver tras ser avisados y lo trasladaron a la capital provincial. Aunque después de la autopsia el forense tuviese serias dudas del ahogamiento, firmó la versión oficial concluyendo la «asfixia por inmersión en el mar». La primera inspección de su indumentaria y sus efectos personales corroboraron a las autoridades españolas que se trataba de un oficial británico con importante información clasificada. Sus documentos fueron inmediatamente reclamados desde Madrid tanto por el Alto Mando franquista, como por las embajadas de Reino Unido y Alemania. Meses más tarde, el primero de octubre de aquel mismo año —día del Caudillo en el particular calendario de la dictadura— apareció otro extraño cadáver en el municipio barcelonés de Argentona. Estaba travestido, con el cuerpo depilado y evidentes signos de violencia. Días más tarde, en León, la policía franquista asesinaba a otro hombre investigado por

su pasado antifascista y su presunta relación con una red de apoyo aliada en el norte peninsular¹.

Los tres muertos guardaban relación. No solo porque aparecieron a lo largo del mismo año, sino porque estuvieron indisociablemente ligados a su contexto, al ecuador de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de ello, ninguno había sido eliminado en los frentes de batalla, ni en una trinchera, ni en un búnker. Lo hicieron en una España acongojada, arrasada y arruinada por el conflicto armado de 1936, las políticas autárquicas de la dictadura y la feroz represión del régimen del general Franco. Una España que recientemente había retomado la neutralidad en aquella contienda internacional tras haberse declarado no beligerante tres años antes, cuando las cosas les iban mejor a las potencias amigas del Eje. Una España que aquellos mismos días pensaba ser invadida y que continuaba su repliegue siguiendo las presiones de los aliados repatriando escalonadamente el contingente de voluntarios que había enviado a luchar al frente oriental junto a la Wehrmacht. Pero que, al mismo tiempo, mantenía una actitud ambigua que pretendía ser continuista en su apoyo al Eje, pero en la que el destino final del conflicto mundial se empeñaba una y otra vez en recordar que por ese camino no se vislumbraba ningún futuro. Una España que era, en la foto fija del año 1943, escenario estratégico indispensable de aquella guerra global conformando uno de sus escenarios de acción. La singularidad del territorio durante los años anteriores era que no fue un teatro de operación bélico tradicional, sino un campo de batalla —y, por lo tanto, también de experimentación— de los servicios secretos. Esto no excluyó el hecho de que también sumase víctimas mortales resultantes del conflicto arma-

¹ «El hombre que nunca existió», *Los Reporteros* (1993), <https://www.youtube.com/watch?v=ZTO7v70Z_wE>; José Fernando Mota Muñoz y Javier Tébar Hurtado, *La muerte del espía con bragas. Falangistas, policías, militares y agentes secretos en la Barcelona de posguerra*, Barcelona, Flor del Viento, 2013; Javier Rodríguez González, «Los servicios secretos en el Norte de España durante la II Guerra Mundial: el Abwehr alemán y el SOE inglés», *Revista Universitaria de Historia Militar*, núm. 4-8, 2015, págs. 75-100.

do², pero su condición de país no beligerante permitía convivir a sectores y personajes que en otros escenarios se enfrentarían hasta la muerte. Fue precisamente la característica ambigüedad de la dictadura franquista la que permitió este juego sutil de «guerra de silencios» que no se podía realizar de la misma manera en otros territorios europeos.

La identidad de los tres cadáveres no tardó en conocerse. El primero resultó ser el comandante habilitado del Cuerpo de los Royal Marines William Martin, o al menos así constaba en la documentación que portaba. El segundo era Joaquín Gastón Sanvicente, que pronto pudo identificarse por ser un viejo conocido de la policía franquista. El tercero era el buscado Juan Martínez Martínez, que había sido delatado por algunos de sus cómplices. Nada más lejos de la realidad. Ninguno era quien parecía ser. Las primeras indagaciones de las autoridades españolas estimaron que Martin había sido una baja casual más, posiblemente relacionada con un accidente de aviación sucedido días atrás en el que perdieron la vida otros dos militares británicos que se dirigían a Gibraltar. El consulado británico reclamó sus restos y solicitó a toda costa la sensible documentación de su maletín. Tras ser alertado, el servicio de inteligencia militar alemán pudo fotografiar con antelación clandestinamente todos sus papeles, que anunciaban un importante desembarco aliado en las costas griegas. Prevenidos, los nazis vieron por sorpresa cómo finalmente sucedió en Sicilia y supieron que habían sido víctimas del engaño de la *Operation Mincemeat* de los servicios secretos británicos. Las brutales marcas de maltrato contra Gastón y el escenario de su crimen hicieron pensar a los forenses españoles, por su parte, que se había tratado de un asesinato pasional. En este caso los agentes de

² Xosé Manoel Núñez Seixas, *Camada invierno. Experiencias y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Barcelona, Crítica, 2017; Max Arthur, *Forgotten Voices of the Second World War*, Londres, Random House, 2004; Miguel Ángel del Arco Blanco, «Famine in Spain During Franco's Dictatorship, 1939-52», *Journal of Contemporary History*, núm. 56-1, 2020, doi: <<https://doi.org/10.1177/0022009419876004>>; Mark Mazower, *La Europa negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Valencia, Barlin Libros, 2021, págs. 170-215.

la Dirección General de Seguridad sabían a ciencia cierta que no se trataba de un personaje con identidad falsa porque era uno de sus confidentes. Desconocían, sin embargo, que trabajaba al mismo tiempo para la inteligencia aliada y para una red de evacuación clandestina anarquista. Lo mismo que Martínez, quien para las autoridades españolas no era más que un simple colaborador de la guerrilla abatido en la particular lucha contrainsurgente de la dictadura, pero que en realidad se trataba de Lorenzo San Miguel, también al servicio de los británicos³.

Son solo tres casos. Sabemos que hubo muchos más. España, durante la Segunda Guerra Mundial, sirvió, continuando lo realizado durante los dramáticos tres años de la Guerra Civil, como espacio de confrontación entre los bloques conformados: democracia vs. fascismo. Pero, como indicamos con anterioridad, muy especialmente lo hizo en el ámbito de la inteligencia. Por todo el país se distribuyeron, entre otros, agentes secretos de numerosas nacionalidades —partiendo de que estas personas en aquel momento tuvieran un compromiso pleno con sus orígenes o creencias...—: alemanes, británicos, estadounidenses, franceses, italianos, portugueses o japoneses. A todos ellos debemos sumar las propias agencias de contrainteligencia españolas que se actualizaron de manera acelerada y sobre la marcha —que no de manera improvisada— para dar una respuesta eficaz. Todos se distribuyeron de norte a sur y de este a oeste en conexión con sus matrices internacionales o sus cuarteles generales, y de ellos dependieron incontables colaboradores. Sus actividades en territorio español, junto con las también desarrolladas en la oficialmente neutral y vecina Portugal, hicieron que la península ibérica se erigiese en un tablero de confrontación de primer orden. También en sus respectivos territorios insulares y coloniales. Y no solo lo prueban los hallazgos de particulares cadáveres como los re-

³ Christopher Andrew, *The Defence of the Realm: The Authorized History of MI5*, Londres, Allen Lane, 2009, págs. 286-287; José Fernando Mota Muñoz y Javier Tébar Hurtado, *La muerte del...*, *op. cit.*, págs. 63-151; Emilio Grandío Seoane, *Hora Zero. La inteligencia británica en España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Cátedra, 2021, págs. 183-226.

latados con anterioridad, sino que también lo hace de manera mucho más contundente el radical aumento de gasto que los aliados y el Eje dedicaron entonces a sus «antenas» secretas, las cuales distribuyeron por buena parte de las ciudades de ambos países. Pero a pesar de la versión tradicionalmente asumida sobre estas dos naciones y su relación con los servicios de inteligencia durante este período, la relación ambigua de la dictadura española respecto a su querencia sobre el Eje fue más prolongada y actuó con mayor intensidad que en la dictadura salazarista. Aunque la estrategia de los grandes bloques enfrentados observaba desde el punto de vista estrictamente militar a España y Portugal como un todo, posiblemente fue más una imagen que una realidad.

La España espiada trata sobre esos muertos y tantos otros; sobre sus motivaciones y particularidades; sobre las operaciones silenciosas que las potencias en liza —y las neutrales o no beligerantes— erigieron para engañar o sorprender; sobre las numerosas tramas urdidas a favor de unos y otros; sobre la dictadura del general Franco como terreno central del desarrollo de los acontecimientos; sobre la guerra global de 1939-1945... Esta obra es una respuesta, de un enfoque distinto al realizado hasta la fecha, a las evidentes lagunas historiográficas en este campo de estudio. Bien es cierto que se ha escrito mucho —y muy bueno— sobre el papel del régimen franquista en el contexto de la Segunda Guerra Mundial⁴. Pero pocos

⁴ Javier Tusell, *Franco, España y la II Guerra Mundial: entre el Eje y la neutralidad*, Madrid, Temas de Hoy, 1995; Florentino Rodao, *Franco y el imperio japonés: imágenes y propaganda en tiempos de guerra*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002; Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)*, Barcelona, Península, 2007; Joan Maria Thomàs, *Roosevelt y Franco. De la guerra civil española a Pearl Harbor*, Barcelona, Edhasa, 2007; Misael Arturo López Zapico, *Las relaciones entre Estados Unidos y España durante la guerra civil y el primer franquismo (1936-1945)*, Gijón, Trea, 2008; Manuel Ros Agudo, *La gran tentación. Franco, el Imperio colonial y los planes de intervención en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Styria, 2008; Manuel Ros Agudo, *Franco/Hitler 1940: de la Gran Tentación al Gran Engaño*, Madrid, Arco Libros, 2009; Joan Maria Thomàs, *La batalla del Wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947)*, Madrid, Cátedra, 2010; Ángel Viñas,

trabajos se han centrado hasta ahora en intentar discernir el papel de las redes, actores y agencias de inteligencia que tuvieron presencia y peso en su territorio durante aquellos años, salvo contadas excepciones⁵. Y en buena medida, es comprensible. En primer lugar, porque el período de posguerra español adolecía de la misma manera de una necesidad de investigaciones que intentasen explicar su proceso y evaluar sus consecuencias. Eso obligó a focalizar en una serie de dinámicas internas que, en ocasiones, han relegado el contexto global a un segundo plano. Los avances en este sentido han permitido recientemente comparar con otros casos de estudio⁶. Por otro lado, en segundo lugar, sobra decir que la historiografía española —y junto a ella la comunidad investigadora internacional especializada en el tema— ha tenido serios problemas para realizar sus trabajos con rigor. El acceso a fuentes documentales sobre esta temática ha estado —y en determinados casos continúa estando— cerrado bajo siete llaves, algo que lleva años denunciándose y que debe seguir en su reivindicación⁷.

Sobornos. De cómo Churchill y March compraron a los generales de Franco, Barcelona, Crítica, 2016; María José Tíscar, *La excepción ibérica 1. La Península en la Guerra Fría: el telón pirenaico (1943-1949)*, Madrid, Akal, 2022.

⁵ Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, Madrid, Crítica, 2002; Carlos Collado Seidel, *España: refugio nazi*, Madrid, Temas de Hoy, 2005; Juan José Díaz Benítez, *Canarias indefensa: los proyectos aliados de ocupación de las Islas durante la II Guerra Mundial*, Santa Cruz de Tenerife, Idea, 2008; Peter Day, *Los amigos de Franco. Los servicios secretos británicos y el triunfo del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 2015; Emilio Grandío Seoane, *A Balancing Act. British Intelligence in Spain during the Second World War*, Brighton, Sussex Academic Press, 2018; David A. Messenger, *La caza de nazis en la España de Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 2018; Juan Carlos Jiménez de Aberasturi, *Camino de la libertad. La red de evasión Comète y la frontera vasca durante la II Guerra Mundial*, San Sebastián, Txertoa, 2019; Pablo del Hierro, *Madrid, metrópolis (neo)fascista. Vidas secretas, rutas de escape, negocios oscuros y violencia política (1939-1982)*, Barcelona, Crítica, 2023.

⁶ Javier Rodrigo (ed.), *Posguerras civiles europeas, 1939-1950: una historia comparada*, Madrid, Marcial Pons, 2023.

⁷ Juan Carlos Pereira y Carlos Sanz Díaz, «“Todo secreto”. Acuerdos secretos, transparencia y acceso a los documentos históricos de Asuntos Exteriores y Defen-

Buena parte de las preguntas que los y las profesionales del pasado nos realizamos en este presente derivan de una corriente en crecimiento dentro de la comunidad investigadora internacional. Hacemos referencia a los denominados *Intelligence Studies*. La historiografía lleva décadas manejando y perfilando su abordaje dentro de los estudios del pasado⁸. Esto ha proporcionado sugestivas aportaciones que han contribuido a la contextualización de grandes procesos y dinámicas en la historia reciente europea y global, con especial atención a la relativa al siglo xx. A pesar de todo, la comunidad investigadora española, como se ha comentado con anterioridad, no ha demostrado hasta fechas recientes un gran interés por este tipo de abordajes. La renovación de los estudios de la guerra y los conflictos han centrado su atención en aspectos derivados del conocido «giro cultural». La influencia cada vez mayor de las investigaciones relacionadas con la historia social encontró en la fenomenología de los conflictos armados y de la guerra un campo abonado para plantear preguntas desde el enfoque de una nueva historia cultural. Y recientemente desde una perspectiva mucho más interiorizada en resolver cuestiones desde lo individual y la percepción particular de las realidades pasadas. Desde hace una década a esta parte, sin embargo, la situación ha cambiado, motivado sin duda por los vertiginosos cambios y mutaciones sociales, políticas y medioambientales que hemos tenido en el primer cuarto del siglo xxi. Las investigaciones, reflejo de los cambios que se producen en su propia sociedad, han pasado a demostrar su interés por este tipo de trabajos, introduciéndose en los grandes debates de la historia social y cultural de la guerra o la

sa», *Ayer*, núm. 97, 2015, págs. 243-257; Henar Alonso Rodríguez, «Spanish military documentation on the Civil War and the dictatorship as an instrument of legal reparations for the victims of the Franco regime», en Jens Boel, Perrine Canavaggio y Antonio González Quintana (eds.), *Archives and Human Rights*, Londres/Nueva York, Routledge, 2021, págs. 191-203.

⁸ Loch K. Johnson, *Handbook of Intelligence Studies*, Londres/Nueva York, Routledge, 2007; Peter Gill y Mark Phytian, «What is Intelligence Studies?», *The International Journal of Intelligence, Security and Public Affairs*, núm. 18, 2016; Carl J. Jensen, David H. McElreath y Melissa Graves, *Introduction to Intelligence Studies*, Londres/Nueva York, Routledge, 2017.

violencia —de la mano, eso sí, de otras ciencias sociales más atentas en este sentido⁹.

Los *Intelligence Studies* permiten focalizar en dinámicas imprescindibles para la comprensión y el análisis del pasado. Dialogan directamente con corrientes mucho más consolidadas y dilatadas trayectorias. Es el caso de las Relaciones Internacionales, cuya focalización sobre las dinámicas diplomáticas son esenciales. También lo es la nueva historia de la guerra, la cual pone en el centro del análisis aspectos poliédricos primordiales como la geoestrategia. Así, espacios y geografías que en otros relatos pueden llegar a ser secundarios con esta mirada pasan a tener una relevancia central. Pensemos, por ejemplo —algo que se podrá corroborar en las páginas siguientes—, en puntos tan destacados durante la Segunda Guerra Mundial como determinadas cordilleras (Pirineos), líneas de costa (Atlántico, Cantábrico o Mediterráneo), archipiélagos (Azores, Canarias o Baleares), así como porosas zonas de paso o fronteras (Irún, Gibraltar o su Estrecho, por citar algunos ejemplos). Pero, en la misma línea, también favorece la relación con otras corrientes mucho más recientes, como los estudios decoloniales y postcoloniales, así como los *Perpetrators Studies*, algo en lo que ya han profundizado comunidades historiográficas vecinas¹⁰. Con todo, fuera como fuese, el avance y la

⁹ Fernando García Sanz (ed.), «Al servicio del Estado: inteligencia y contrainteligencia en España», *Arbor*, núm. 180-709, 2005; Juan R. Goberna Falque, «Los servicios de inteligencia en la historiografía española», *Arbor*, núm. 180-709, 2005, págs. 25-74; Gustavo Díaz Matey, «The Development of Intelligence Studies in Spain», *International Journal of Intelligence and Counterintelligence*, núm. 23, 2010.

¹⁰ Douglas L. Wheeler, «In the Service of Order: The Portuguese Political Police and the British, German and Spanish Intelligence, 1932-1945», *Journal of Contemporary History*, núm. 18-1, 1983, págs. 1-25; Douglas Porch, *The French Secret Services: A History of French Intelligence from the Dreyfus Affair to the Gulf War*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1995; Martin S. Alexander y J. F. V. Keiger (eds.), *France and the Algerian War, 1954-62. Strategy, Operations and Diplomacy*, Londres/Portland, Frank Cass, 2002; Irene Flunser Pimentel, *A história da PIDE*, Lisboa, Temas e Debates, 2007; Irene Flunser Pimentel, *Informadores da PIDE: uma tragédia portuguesa*, Lisboa, Temas e Debates, 2022; Duncan Simpson, «Tenho o prazer de informar o Senhor Director...». *Cartas de Portugueses à PIDE (1958-1968)*, Silveira, BookBuilders, 2022.

propia evolución de esta tipología de estudios permiten continuar desarrollando esta perspectiva desde el ámbito historiográfico. Esto facilita, entre otros muchos aspectos, la confrontación de los relatos oficiales a menudo confeccionados por la autodenominada «comunidad de inteligencia». El resultado fortalece obligadamente, por tanto, el debate crítico académico y público.

Hasta los albores del siglo xx, con el estallido de la Gran Guerra, los principales actores internacionales no institucionalizaron sistemas de recogida de información y análisis de información estables, sistemáticos o totales¹¹. Se establecieron en contextos de conflictividad, con el objetivo de garantizar la supervivencia de los Estados frente a retos y amenazas interiores y exteriores, reales o infundadas¹². Potencias como Francia, Gran Bretaña, Alemania o Estados Unidos dieron un impulso especial a sus agencias de inteligencia, que, aunque ya contaban con importantes antecedentes de carácter más o menos individualizado, experimentaron entonces un proceso de rápida expansión en cuanto a la sistematización de sus estructuras y su funcionamiento durante la Primera Guerra Mundial, el período de entreguerras y, sin lugar a dudas, en la Segunda Guerra Mundial¹³.

¹¹ Carlos Píriz, «Investigation, surveillance and control: Spain and Fascist Europe in the era of total intelligence (1914-1939)», en José M.^a Faraldo y Gutmaro Gómez Bravo (eds.), *Interacting Francoism. Entanglement, Comparison and Transfer between Dictatorships in the 20th Century*, Londres/Nueva York, Routledge, 2023, págs. 83-105.

¹² Jeffrey T. Richelson, *A Century of Spies: Intelligence in the Twentieth Century*, Oxford, Oxford University Press, 1997; Alan Breakspear, «A New Definition of Intelligence», *Intelligence and National Security*, núm. 28, 2013; Rodney Carlisle, *Encyclopedia of Intelligence and Counterintelligence*, Londres/Nueva York, Routledge, 2015; Nigel West, *Historical Dictionary of International Intelligence*, Lanham/Boulder/Nueva York/Londres, Rowman & Littlefield, 2015; Peter Gill y Mark Phythian, *Intelligence in an Insecure World*, Nueva York, John Wiley & Sons, 2018.

¹³ Douglas Porch, *The French Secret...*, op. cit.; Jefferson Adams, *Historical Dictionary of German Intelligence*, Scarecrow Press, 2009; Gordon Thomas, *Secret Wars: One Hundred Years of British Intelligence inside MI5 and MI6*, Nueva York, St. Martin's Press, 2009; Keith Jeffery, *MI6. The History of the Secret Intelligence Service, 1909-1949*, Londres/Berlín/Nueva York, Bloomsbury, 2010.

Las derivas «nacionales» de estos servicios determinaron su desarrollo, pero su propia naturaleza y, sobre todo, los contextos en los que actuaron, volátiles y mutables, hicieron que a lo largo del tiempo actuaran como entes transnacionales, ampliando competencias y pasando de lo estrictamente militar a lo político, lo moral, lo económico o lo policial. Al mismo tiempo, se ha de tener en cuenta la esencialidad de la península ibérica para la comprensión de todo este proceso, máxime si hablamos del período interbélico. Ya desde antes del conflicto mundial, pero especialmente desde ese momento, el interés de terceras potencias por tejer redes de información y auxiliar la creación de homólogos operativos sobre ese terreno fue evidente. Estas actividades no solo supusieron que se conformaran tramas francesas, británicas o alemanas, sino que, además, desde sus orígenes tejieron vínculos relacionales —de mayor o menor intensidad— con autoridades y grupos locales. Explicar el porqué de la existencia de estos contactos, así como sus ramificaciones y sus mutuas (inter)dependencias, permitirá comprender mejor su funcionamiento a cualquier escala en un momento clave de la historia reciente europea.

Uno de los principales y habituales hándicaps a la hora de confeccionar la historia de los servicios de inteligencia ha sido la inaccesibilidad a las fuentes primarias. La pugna entre el derecho a la información y la legislación restrictiva sobre la protección de datos personales y, sobre todo, sobre la seguridad de los Estados, es lo que ha mantenido —y mantiene en determinados casos— clasificada la documentación. Si bien países como Estados Unidos llevan décadas —con altibajos— realizando beneficiosas políticas en este sentido, en su caso desde 1966 con la aprobación de la Freedom of Information Act (FOIA), otros, como España y su Ley de Secretos Oficiales de 1968, continúan con un aparato legal correoso, desactualizado y sumamente restrictivo que impide el libre acceso a la documentación (¿dónde se encuentran si no los papeles del Alto Estado Mayor?)¹⁴. Esta ha sido, por tanto,

¹⁴ Juan Carlos Pereira y Carlos Sanz Díaz, «“Todo secreto”. Acuerdos...», art. cit., pág. 253.

una de las principales razones por las que esta tipología de estudios ha resultado tan sumamente tardía en comparación con otras temáticas.

A pesar de los pesares, y como se podrá comprobar en los diferentes capítulos que componen esta monografía, la ingente burocracia generada en el contexto de la Segunda Guerra Mundial permite reconstruir parte del relato histórico. Para ello, los investigadores e investigadoras que componen este elenco han utilizado todo tipo de documentación depositada en numerosos archivos y centros documentales nacionales e internacionales. Dentro del conjunto de instituciones españolas se ha accedido a la información contenida en alrededor de una docena. Se trata de archivos tanto civiles como militares. Entre los primeros cabría destacar el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, en el que se ha llegado a consultar tanto fondos personales como el del histórico falangista Eduardo Ezquer hasta su sección de incorporados, en la que se recopila uno de los primeros centros de espionaje a favor de los rebeldes de 1936. Algo similar sucede con el Archivo Histórico Nacional, que ha permitido adentrarse en los fondos privados de políticos de primera fila como Diego Martínez Barrio o José Giral. Y en la misma línea, el Archivo General de la Universidad de Navarra, ubicado en Pamplona, que proporciona por su parte numerosa información de carácter personal de actores relevantes como el del reconocido carlista Manuel Fal Conde.

A esa tipología de fondos se suma en España otra de carácter administrativo e igualmente esencial para la reconstrucción de este relato histórico. Es el caso del Archivo General de la Administración o el del Ministerio de Asuntos Exteriores, fundamentales para analizar el papel del Estado y sus diversas subdivisiones, que entre otras razones ayuda a discernir sus propios movimientos diplomáticos. A estos centros nacionales se unen otros a escala local, como el Archivo Histórico Municipal de Cádiz. En él se encuentran recopilados los papeles del general José Enrique Varela Iglesias, quien había sido ministro del Ejército entre 1939 y 1942 y alto comisario de España en Marruecos entre 1945 y 1951. Pero también otros como el Centre de Recursos per a l'Aprenentatge i la Investigació de la Biblioteca del Pavelló de la República de la Universitat de Barcelona, en el que

se ha manejado el archivo personal del autodenominado *espíólogo* Domènec Pastor Petit.

En el conjunto de centros documentales españoles destacan, sin ninguna duda, otros tantos de origen y gestión militar. El Archivo General Militar de Ávila proporciona el acceso a la documentación de la inteligencia del contexto de la Guerra Civil española, pero también —de manera fragmentada y tardía, eso sí— a los fondos de la Segunda Sección (Información) del Estado Mayor Central. Una excelente manera de complementar la información que se puede extraer de esos mismos fondos ha sido acudir al Archivo General Militar de Segovia, en el que se recogen cuantiosas hojas de servicio que facilitan la identificación y trayectorias de actores primarios y secundarios de relevancia. A ellos se añade la consulta de archivos intermedios, como el del Tribunal Militar Territorial Cuarto en Ferrol o el Intermedio Militar Sur en Sevilla, que atesoran igualmente importantes causas judiciales que facilitan la investigación a los y las historiadores/as.

A pesar de todo, se ha de reiterar que los archivos y centros documentales españoles poseen una información fragmentada y dispersa que complica en ocasiones las tareas de investigación. Las razones que lo explican pasan por su propia dinámica histórica archivística, pero también por su contexto sociopolítico, pasado y reciente. De ahí que en buena medida sea imperativo para una monografía de este tipo la consulta de sus homólogos en el extranjero. Eso permite concatenar y contrastar la información y proporciona mayor rigurosidad al análisis histórico. Para edificar el relato sobre el conjunto de actores y agencias del Eje se ha tenido acceso, por ejemplo, a los Archivos Federales alemanes y al Archivo Político de Asuntos Exteriores de Berlín. Esta documentación es, probablemente, la más singular entre la citada en los siguientes capítulos. No solo por las instituciones creadoras, sino, sobre todo, por los derroteros que tuvo tras la ocupación aliada, que la llevó en determinados casos a ser depositada durante años en terceros países y devuelta a su origen hace escasas décadas.

La mayor parte de las fuentes primarias han sido consultadas, sin embargo, en los archivos de las potencias aliadas. En Francia se

ha podido acceder a sus Archivos Nacionales y al Servicio Histórico de Defensa, en Vincennes. De ambos se ha consultado multitud de informes sobre la Resistencia y, particularmente del segundo, cuantiosos expedientes personales sobre agentes y colaboradores del contraespionaje gaullista, así como sobre las redes de paso clandestinas pirenaicas. Y debemos destacar también las fuentes procedentes de archivos británicos y estadounidenses, ambos estrechamente relacionados y, como se podrá comprobar a continuación, esenciales para los y las investigadores/as. Entre los primeros se encuentran archivos personales como el del primer ministro Winston Churchill o el del embajador británico en España Samuel Hoare, pero destacan sobre el resto los fondos de los Archivos Nacionales de Kew. Este último guarda la ingente burocracia del Foreign Office y, por ende, de gran parte de las relaciones exteriores del Reino Unido. Pero también, entre otra importante documentación casi de carácter «egohistórico», como son parte de los informes oficiales aprehendidos de la inteligencia nazi, esos riquísimos interrogatorios del proceso posbélico de desnazificación. Estos informes, en ocasiones duplicados en Washington, permiten reconstruir las redes que las diferentes agencias de inteligencia alemanas erigieron en España durante la Segunda Guerra Mundial. Precisamente allí, en los National Archives and Records Administration (NARA), también se ha consultado otra documentación muy diversa y generada por la Oficina de Asuntos Estratégicos, el Departamento de Estado o diferentes delegaciones diplomáticas. Este puzle tan singular lo terminan de componer otras piezas primordiales como son los fondos de las dos principales agencias de inteligencia norteamericanas, el FBI y la CIA, cuyos papeles se encuentran a disposición del gran público *online*, de manera libre y gratuita siguiendo los preceptos de la FOIA.

La obra que tienen en sus manos, *La España espiada*, se compone de ocho capítulos. Sigue una lógica centrífuga con especial atención a las geografías periféricas. No son, por tanto, aportaciones aleatorias e inconexas; todo lo contrario, dialogan entre sí y mantienen palpables interdependencias. De hecho, una de sus virtudes a destacar son los diversos y variados puntos de coincidencia en maneras, actitudes, medios, personas, grupos... La heterogeneidad apa-

rente inicialmente se trasmuta tras su lectura en un universo de naturaleza muy común, un fenómeno este de los servicios de inteligencia cuya esencia por naturaleza es opaca: pretende no ser conocido, no solo bajo un papel al que se le estampe un cuño que ponga *secret* —que, por cierto, es una denominación que no puede resultar más atrayente para un investigador...—, sino sobre todo por las condiciones en que se muestra a la sociedad.

El libro se abre con una investigación inédita de uno de sus editores, Carlos Píriz. Aborda un análisis evolutivo —principalmente institucional, pero no solo— de la inteligencia militar de la dictadura franquista desde sus orígenes hasta el Nuevo Orden mundial surgido en 1945. Nos conduce al camino del relato central de la obra en cuanto que su cronología comienza en el período de conspiración previo a la Guerra Civil. Precisamente en ese contexto ya surgen, herederas de la Gran Guerra y la primera posguerra mundial, una serie de personajes y dinámicas que terminan siendo primordiales tiempo después. Así, de la trama que confecciona el complot del verano de 1936 contra la joven democracia republicana se erigieron los cimientos de los diversos servicios de información e inteligencia de la postrera dictadura franquista. La heterogeneidad mostrada por los rebeldes durante los primeros meses del conflicto terminó derivando a finales de 1937 en la creación de una sola agencia de (contra)inteligencia centralizada al servicio del régimen franquista. Esta, denominada Servicio de Información y Policía Militar (SIPM), resultó ser también la base de la primera policía política de la dictadura a escala nacional. Antes de terminar la contienda, de hecho, su distribución por redes en buena parte de las capitales y pueblos del país contribuyó a la transición entre aquella contienda, su posguerra y la que se abrió meses más tarde a nivel global. Su transformación en la conocida Segunda Sección Bis (SIEBis) es fundamental para comprender la semejanza con los países de su entorno, así como para complejizar la naturaleza totalizadora y represora de la España de aquellos años y su adaptabilidad a la incipiente Guerra Fría.

El segundo capítulo toma el testigo del anterior. Corre a cargo del profesor Javier Rodríguez y se encarga de examinar el conjunto

de redes extranjeras con presencia en la España de posguerra. Fueron las que interactuaron con la contrainteligencia franquista, siendo controladas, apoyadas o anuladas según los casos por ella. También con los diversos grupos guerrilleros que se esparcían por el noroeste peninsular. Especial relevancia adquieren en este trabajo los servicios secretos alemanes y británicos. De los primeros estudia en profundidad las ramificaciones del denominado KO-Spanien, es decir, la serie de agentes y enlaces de la agencia de inteligencia militar nazi por excelencia, la Abwehr. La ristra de ciudades y personajes que pasan por sus páginas daría para una monografía exclusiva. El autor destaca la relación que tienen no solo con sus hipotéticos —y supuestamente neutrales, entiéndase la ironía— socios españoles, sino también con sus adversarios aliados. Por ello, la segunda parte de su colaboración aborda en extenso el papel del Special Operations Executive (SOE) británico. Trata de sus operaciones, de sus conexiones con la parte disidente del conglomerado franquista o con el maquis. Termina revalorizando todo el proceso de desnazificación y el papel de la dictadura franquista en el futuro de la Europa occidental-capitalista.

A continuación, el profesor David A. Messenger profundiza en una cuestión anunciada ligeramente por Rodríguez, pero capital para entender la presencia nazi en la península ibérica de la Segunda Guerra Mundial. Hacemos referencia a la gran estructura empresarial erigida por el Tercer Reich en la España de Franco: la Sociedad Financiera e Industrial Lda. (Sofindus). Tras la pantalla de las filiales de esta compañía el espionaje nazi penetró hasta las entrañas más profundas del Estado español. Messenger desgana su funcionamiento, sus responsables y su trascendencia. Pone especial énfasis en los beneficios conseguidos en el comercio y contrabando de wolframio, de vital importancia para la Alemania de Hitler. A su alrededor se desarrolló una pugna secreta y encarnizada entre el Eje y los aliados que tuvo su particular terreno de juego en el noroeste peninsular. Finalmente, el capítulo cierra con la toma de control por parte del bloque vencedor de la inmensa red de Sofindus. Que su máximo responsable, Johannes Bernhardt, continuase al frente de la compañía después de 1945 al amparo de los aliados ayuda a comprender el

papel que mantuvieron diversos jerarcas nazis con responsabilidades a fin de servir de eslabón para la llegada del nuevo mundo de la Guerra Fría. Él mismo lo tuvo claro entonces: «Pod[e]mos trabajar y ser útiles en una labor constructiva en Europa».

El cuarto capítulo es una síntesis de la voluminosa investigación que el investigador Xavier Juncosa ha confeccionado en los últimos años. La base empírica es realmente abrumadora: unos 30.000 informes del contraespionaje francés y sus antenas —sus Travaux Ruraux (TR) en el argot interno— de Barcelona, San Sebastián y Madrid. En sus páginas aparecen personajes desconocidos en su mayoría tanto para el gran público como para parte de la comunidad historiográfica española, como el responsable de estas redes, el coronel Paul Paillole. Entre la jugosa información que proporciona la investigación de Juncosa se incorpora, además, el listado de sus miembros. Uno de sus principales cometidos fue servir a la evacuación clandestina a través de la frontera pirenaica. Y precisamente sobre esta cuestión se centra, a una escala casi microhistórica y en la vertiente occidental de la cordillera, el capítulo siguiente de Juan Carlos Jiménez de Aberasturi. En él se prueba la porosidad y heterogeneidad de la línea divisoria franco-española. Fue, de hecho, una de las principales rutas de evasión hacia el campo aliado. Para ello fue fundamental el equipo de profesionales de guías (*passeurs* o *mugalaris*) locales. Combatientes irregulares —y a menudo ignorados— que fueron responsables de la huida de unos 80.000 refugiados por aquellas montañas. A pesar de la «escasez de fuentes» que el propio autor advierte, gracias a la historia oral y a los retales de los archivos franceses en este capítulo se recuperan personajes clave como Rufino Jauregui, los hermanos Amestoy o la enfermera Yvonne Deplanche, así como sus varias redes de apoyo aliado.

Las tres últimas aportaciones de esta obra coral responden a esa mencionada mirada conjunta. Del sexto capítulo se encarga el otro editor del libro, el profesor Emilio Grandío Seoane, con un análisis sobre redes, actores y agencias en Galicia. La importancia geoestratégica del noroeste peninsular es incuestionable. Más allá del conocido papel que juega la región en la extracción y transacción de minerales de interés en aquellos momentos —como el wolframio—,

Galicia destacó por su posición estratégica frente al Atlántico. Todos los protagonistas de la Segunda Guerra Mundial utilizaron sus aldeas, pueblos y ciudades para desarrollar sus particulares proyectos. Tanto es así que, como se encarga de exponer Grandío, Galicia se convirtió en el objetivo de una posible invasión aerotransportada aliada en el otoño de 1943. La abrupta finalización de esta planificación diseñada durante casi un año se correspondió con un hecho trascendente: la caída de la mayor red de información conocida hasta la fecha en España, la denominada «Red Sanmiguel». Más relevante todavía resulta el hecho desconocido hasta el momento de que el desmantelamiento de esta red propició la salida hacia el sudeste asiático de su coordinador y mentor, nada menos que el responsable máximo de la inteligencia británica en España desde los momentos finales de la Segunda República: el siempre reiterado y conocido Alan H. Hillgarth. Las originales fuentes manejadas por el autor dibujan un nuevo escenario en el que Galicia se revaloriza de manera obligada.

Estrechamente relacionado con el capítulo anterior sigue otro del profesor Julio Ponce sobre Gibraltar. Su posición hizo que durante la Segunda Guerra Mundial fuese uno de los puntos geopolíticos calientes del conflicto internacional. Por allí pasaba parte del control del comercio y la navegación del Mediterráneo occidental, siendo un escenario histórico de disputas territoriales y de las relaciones diplomáticas entre España y Reino Unido. Ponce examina con minuciosidad su importancia y evolución a lo largo de los años treinta y cuarenta. Explica de manera detallada cómo durante la Guerra Civil española los bloques contendientes chocaron dentro del Peñón. A un lado, el Consulado General oficial; al otro, el «oficioso» de los rebeldes. La comparación asimétrica de ambos es para el autor indiscutible. Entre medias, destaca el voluminoso trasvase de refugiados y su uso político y militar por los implicados en la contienda. En paralelo desgana el desarrollo del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM) por el Campo de Gibraltar. Inicia la Segunda Guerra Mundial, el Peñón y el Estrecho fueron centros gravitatorios en los planes del Eje y los aliados. Si bien los primeros llegaron a pesar en numerosas ocasiones en su conquista a fin

de contener otros frentes (mediante el «Plan Félix», por ejemplo), la neutral España franquista orquestó su propio programa de ocupación (la «Operación C»). La deriva del conflicto terminó por desinflar esas macrooperaciones convirtiéndose en acciones particulares de hostigamiento y sabotaje. Lo explica, en parte, la respuesta británica, que no se quedó de brazos cruzados y creó una unidad del Defence Security Office. Ponce la estudia gracias, entre otras fuentes, a las memorias del que fuera su responsable, David Scherr. La intensificación del Reino Unido en la inteligencia operativa en Gibraltar, especialmente con el uso de agentes dobles a sueldo, decantó finalmente la balanza a su favor.

El libro se cierra con la contribución de la investigadora Marta García Cabrera sobre el archipiélago canario. Al igual que Gibraltar, las islas Canarias ocuparon un papel estratégico convirtiéndose en un espacio alternativo de la Segunda Guerra Mundial. Esto posibilita reconocer la centralidad del escenario atlántico en el conflicto. La autora se encarga de realizar una mirada caleidoscópica sobre la inteligencia y contrainteligencia en la región. Los británicos buscaron su dominio como contrapartida a una posible pérdida de Gibraltar; los estadounidenses, aunque cedieron a sus colegas aliados parte de la responsabilidad y el protagonismo en la zona, siguieron la misma línea en su control y vigilancia; los alemanes, por su parte, continuaron monopolizando las islas siguiendo su histórica relación, usándolas como base de avituallamiento para buques y submarinos en connivencia con la dictadura española. Los numerosos archivos consultados y la rigurosidad de García proporcionan una muy necesaria aportación geopolítica a esta obra, algo elogiable teniendo en cuenta que todo lo dicho sucedió, como es lógico pensar, enmascarado en coberturas diplomáticas y empresariales nada sencillas de discernir por quien aborde esta cuestión.

España mantuvo un papel ambivalente durante la Segunda Guerra Mundial. Sirvió de tablero de juego del espionaje internacional, de escenario privilegiado del combate entre redes, actores y agencias de inteligencia. Esta obra analiza todas ellas, pero con un especial interés en la «considerada» periferia peninsular, porque resultaron nudos geopolíticos necesarios que en aquel escenario se

convirtieron en indispensables para explicar los porqués de los principales frentes de batalla. Y es que el rumbo de la guerra se jugó también, quizás en mayor medida de lo que espera el lector de esta obra, en los flujos de comunicación, en la construcción de acciones ficticias o reales, de imágenes que modelan pensamientos que se traducen en la creencia en determinadas realidades para un mundo que se encontraba en el filo de la navaja. Y nada mejor para ello que un territorio declarado oficialmente neutral, luego no beligerante y nuevamente neutral, en el que los aliados y el Eje tuvieron que jugar sus bazas.

¿Hasta dónde llegó la influencia de esas redes? ¿Cómo condicionó la renovación de las instituciones españolas de información o de seguridad exterior? ¿Hasta qué punto fueron eficaces en su misión y de qué mecanismos se sirvieron para lograrlo? ¿Somos suficientemente conscientes del rol protagonista que jugó España en este campo durante los años del conflicto mundial? ¿Hasta qué punto este papel, y sus consecuencias tras la finalización del conflicto, condicionó la propia esencia y naturaleza de la dictadura del general Franco? ¿Fue este reforzamiento de los servicios de inteligencia, las redes clandestinas de ayuda e información un elemento indispensable para comenzar a entender la larga y anacrónica duración del franquismo? Resulta indispensable adentrarnos en este mundo para entender no solo la variación de frentes de combate, las estrategias militares, la variabilidad de las políticas a ejecutar en una sociedad en guerra, sino también para observar buena parte de la naturaleza de la propia dictadura. Y con ella, de los valores que esta irradiaba a una sociedad como la española.

La España espiada, o cuando los silencios marcan una parte muy importante de nuestra existencia colectiva.